

NUNCA HE VISTO UN FANTASMA

No tengo ninguna experiencia directa y consciente con fantasmas. Nunca se me ha aparecido ninguno. Nunca. Por ese mismo motivo soy un experto en fantasmas y ese interés nace de una pregunta paranoica: ¿qué me ven los fantasmas para omitirme de tal manera? ¿Me desprecian? ¿Me temen?

La fantasmología es la única ciencia que llega a admitir que la total ignorancia, en sí misma, es un caudal de conocimiento. Esto no es una metáfora ni una reivindicación de Sócrates. Es una realidad emocional que vivo íntimamente, como parte de mi vigilia, como elemento de mi rutina: esa misteriosa paradoja de quien padece y disfruta la evidencia inquietante de la ausencia de fantasmas.

El asunto tiene un primer aspecto que va en contra de mi orgullo: mientras he habitado en la vida cotidiana y he vivido un tiempo sedentario, acumulando recuerdos como si llevara una agenda mental, nunca he vivido ningún prodigio, ni he sido testigo de un milagro o de una aparición. Lo insólito me discrimina, soy un habitante permanente de lo verosímil.

En términos estadísticos, a priori, se puede afirmar que somos muchos, muchísimos más, los que nunca hemos tenido una experiencia con fantasmas que aquellos que sí la han tenido. Y estos, los privilegiados por conocerlos de primera mano, son muchos, muchísimos menos que aquellos que afirman haberlos visto: la diferencia está conformada por embusteros.

Nunca he visto un fantasma y pienso que ellos me discriminan; nada más que, si creo que me excluyen, estoy suponiendo —de pasada— que existen. Es lo contrario de lo que le sucedía al único pintor que, hacia la mitad del siglo xx, vivía en Coronel Pringles, un centro urbano a quinientos kilómetros de Buenos Aires, en medio de La Pampa argentina. La historia la cuenta César Aira (1949), otro nativo de Coronel Pringles. El pintor era un anacoreta enfrascado en sus propias especulaciones; una de ellas, por ejemplo, y son muchas, consistía en discernir si era más difícil la vida para un hombre cuerdo que finge locura o para un loco que aparenta cordura.

Viudo, retirado de la vida activa, solo, había reducido al estricto mínimo sus obligaciones domésticas; se hacía la cama, se preparaba el desayuno, y eso era todo (...), una señora iba dos veces por semana a limpiar y lavar la ropa y la vajilla (él no se mojaba una mano). El objeto de esta simplificación era tener más tiempo libre. Si le hubieran preguntado para qué quería el tiempo libre, si no lo ocupaba en nada, habría podido responder que si lo ocupaba ya no sería tiempo libre sino tiempo ocupado.¹

El pintor acabó viviendo en el campo, en las cercanías del pueblo. Y un día, poco después del amanecer,

(...) su atención se agudizó de pronto. Alguien venía. Era el fantasma de su esposa. Aunque no creía en la existencia de seres sobrenaturales o provenientes del más allá, la popularidad de las historias de fantasmas le había informado de sus usos y costumbres; de ahí que pudiera notar en toda su dimensión la incongruencia de la ocasión, ya que la hora propicia para este tipo de apariciones estaba más cerca de la medianoche que de esta mañanita de cristalería. Ese solo detalle bastaba para indicarle que si estaba ante el inicio de un cuento de fantasmas,

era uno heterodoxo. En efecto, el fantasma se disponía a hablar. Otra divergencia. Las leyes clásicas del género exigían que los fantasmas hablaran cuando se les dirigía la palabra, y él estaba tan atónito que no habría podido iniciar la conversación ni siquiera con una tosecita.²

El caso es que ella le dice que su don artístico lo “hizo un realista sin atenuantes” y que está equivocado “al menos en lo que se refiere al tema de los que vuelven del más allá”. Y concluye: “Te lo probaré apareciéndome esta noche ante tus ojos. Te recomiendo que me esperes despierto. Entonces te convencerás”.³

El pintor pasó todo el día cavilando.

Las aventuras de ultratumba pertenecían al terreno de la ficción. Pero sentía un reproche interno. ¿Dejaría que la soberbia de la Razón le impidiera ver a su amada esposa, sobre todo si ella se tomaba el trabajo de volver? (...). Pero estaba el hecho incontrovertible de que los fantasmas no existían. ¿O sí? Había tanta gente que creía en ellos, tantas culturas antiguas, sabias y refinadas por lo demás, que les habían dado crédito. Quizás todo estaba en creer, y aceptar la alucinación consiguiente. Si era así, no funcionaría con él, por causa de su compromiso con la realidad.⁴

Al fin llegó la noche y, con ella, la aparición de su esposa que “volvía con una sonrisa. (...). Su incredulidad sufrió un duro golpe”. Pero siempre hay salidas. Y la lógica, que parece siempre precisa, nunca es inequívoca. Existen muchas lógicas. La conclusión final del escéptico desbordado por la evidencia del milagro fue una que dejaba a salvo su incredulidad al mismo tiempo que aceptaba el prodigio: “No podía negar la realidad de la aparición, porque sería como negar la realidad de todo; y

sin embargo algo le decía que a la realidad de todo sí podía negarla”.⁵

Lo mismo, y en otro contexto, pensaba Joaquim Maria Machado de Assis (1839-1908). Esto dice en un cuento titulado “El secreto del bonzo”:

Comprendí que si una cosa puede existir en la imaginación, sin existir en la realidad, y existir en la realidad sin existir en la imaginación, la conclusión es que, de las dos existencias paralelas, la única necesaria es la de la imaginación, no la de la realidad, la cual resulta apenas conveniente.⁶

Aceptando los supuestos de Aira y Machado de Assis, se tiene entonces que son más verosímiles los fantasmas que yo mismo, tan irreal que pienso, luego no existo.

¿EXISTEN LOS FANTASMAS?

La ausencia de aventuras fantasmales en mis vigiliass pudo haberme llevado a la fácil –e irracional– actitud de negar su existencia. Por lo que sé, existen fantasmas que no reconocen la existencia de los seres humanos, posiblemente por la misma razón, porque nunca han visto a un individuo de nuestra especie. Puede darse el raro caso de fantasmas que acepten la existencia de los seres humanos y que no se les manifiesten simplemente por temor. Así lo cuenta José Emilio Pacheco (1939-2014) en un poema titulado *Tarde otoñal en una vieja casa de campo*:

Alguien tose en el cuarto contiguo.
Un llanto quedo.
Luego pasos inquietos,

conversaciones en voz baja.
En silencio me acerco, abro la puerta.
Como temí, como sabía, no hay nadie.
¿Qué habrán pensado al oírme cerca?
¿Me tendrán miedo los fantasmas?

¿Creen los fantasmas que los humanos no existimos o simplemente nos temen? En algún momento llegué a creer que los fantasmas no salen de día por temor a que los humanos los asusten. Además, llegué a creer que “cuando quiere intimidar a los fantasmitas, mamá fantasma los amenaza con una bestia bípeda de carne y hueso”. Y, también, llevándome la contraria, pensé que

(...) sólo los fantasmas bromistas y las almas en pena –sin contar unos pocos aprendices de fantasma que no acaban de desprenderse de un incómodo individuo mortal que los habitaba– se aparecen a los humanos. A un fantasma común y corriente ni siquiera se le ocurre pensar en los vivos. Le aburren. Otra cosa son las almas en pena –o los infaltables chistosos–: hay pocas, pero pueden gemir, golpear aldabones y hacer crujir maderas durante siglos.

Si uno repasa los testimonios existentes, los fantasmas sufren mucho. O, mejor: cuando los fantasmas están tristes es cuando se manifiestan a los humanos; en este caso, la conclusión sería la contraria: los fantasmas son felices, salvo unos pocos, que sufren mucho y –entonces– se aparecen en la tierra. Lo que está claro es que cuando padecen, lo hacen más intensamente que los simples mortales. Escribe la inglesa Lanoe Falconer (1848-1908) en una de sus narraciones:

Cada uno de sus sollozos me atravesaba el corazón como una pequeña puñalada, y entendí lo que era sentir verdadero

pesar. (...) Mientras los escuchaba, comprendí que en el otro mundo hay cosas más difíciles de soportar que en el nuestro, que la pena es más desesperada, más solitaria.⁷

Soy bueno para llevarme la contraria, para cambiar de opinión y pensar que la cosa es al revés. No somos anverso sino reverso, no somos luz sino oscuridad. Con toda nuestra brutal materia, con nuestras dimensiones de espacio y tiempo donde hacen presencia los huesos y las vísceras, los fluidos y las grasas que, reunidos, son usted o yo, con toda nuestra tangibilidad incluida, nosotros, seres materiales que medimos y nos medimos en centímetros y en días, yo, que hago parte de ese nosotros y que desgrano un grafito oscuro y le doy forma de letras y palabras a los renglones de mi cuaderno, materia adicta e incondicional de las leyes de la física, yo que soy mis decenas de kilos y que soy mi mano moviéndose para darle dirección a la línea de grafito oscuro que es mi caligrafía, yo soy un fantasma. Nosotros somos los fantasmas.

Y todo al revés: yo, fantasma material, espanto a los inocentes seres desprendidos de materia, seres puros que se ocultan de las leyes de la física, de la insaciabilidad del tiempo, seres puros que apenas se asoman intermitentemente a mirar estos espectros con volumen y con peso, con color y plazo que, como yo, asustan a las criaturas inmateriales con su vulgaridad. Porque a los seres inmateriales les aterra ver cómo esta especie con cuerpo está condenada a desmoronarse.

Sobre los que no reconocen la existencia de lo invisible, la mejor historia que conozco procede de la China de los tiempos de Chuang Tzú (siglos IV y III a. C.). Jorge Luis Borges (1899-1986), Adolfo Bioy Casares (1914-1999) y Silvina Ocampo (1903-1993) lo cuentan así: